

Conjuró la tempestad
Abrigando la creencia
De bajar con su inocencia
A la obscura eternidad.

V.

Mas ¡ay! no falta un alma despiadada
Que con harta malicia ó sin recelo,
Haga sentir á otra alma delicada
La tristeza y la hiel del desconsuelo!

Alguno dijo á la novicia un día
Que el matrimonio infausto ya olvidado
No era verdad y que D. Luis vivía
Pobre y enfermo, sólo y desdichado.

¡Ah! desde entónces taciturna y triste
Vagaba por el claustro ensimismada
Disimulando pero ¿quién resiste
La borrasca de un alma conturbada? . . .

Las flores de su fé palidieron,
De tristeza sus ojos se nublaron,
Las heridas recónditas se abrieron
Y las débiles vendas reventaron! . . .

Al tabernáculo del templo santo
Va inútilmente en busca de consuelo
Porque es estéril su copioso llanto,
Porque no llega su oración al cielo.

Cuando levanta la abatida frente
Ante el altar donde angustiada gime,
Hay en su acento y su mirar doliente
Un no sé qué dulcísimo y sublime.

Cuando la tarde el horizonte dora
La hacen llorar los cánticos sagrados,
Y la deja el lucero de la aurora
Con los ojos en lágrimas bañados.

En los rayos de luna se desliza
La imagen de un recuerdo afortunado . . .
Y en el murmurio de nocturna brisa
Oye tal vez un nombre idolatrado

Sus hermanas la súbita dolencia
Querían curar con paternal cuidado,
Pero es inútil la terrena ciencia
Para aliviar un corazón llagado.

Fué al principio marasmo, calentura,
Consumción y profundo abatimiento;
Pero al fin declaróse la locura
Con los signos de un vértigo violento.

Por desgracia largos años
Vivió en la demencia rara
Sin que nadie adivinara
Sus infortunios extraños.

Cierva herida en el desierto,
No contaba la inocente
Ni un amigo, ni un pariente;
Ya su padre se había muerto.

VI.

¿Y Don Luis? Nadie sabía
En que retiro, ni cuando
Se había ocultado llorando
El amante de Sofía.

Alguien por tener que hablar
Exclamó con sentimiento:
—Estará en otro convento,
Esclavo de su pesar. —

De la monja se inventaban
Mil consejas diferentes
Creídas por muchas gentes
Que llorando las contaban.

De su celda en la ventana,
Solitaria allí se queja,
Y la tarde allí la deja,
Y la encuentra la mañana.

Desde allí sentada mira
Todo con pesar profundo,
Bello le parece el mundo
Y por el mundo suspira.

Abatida y desolada
En la vida ya ¿qué espera,
Para siempre prisionera,
Para siempre desdichada . . . ?

Allí sólo puede oír
El melancólico ruego
De un desdichado que ciego
Va su limosna á pedir.

Noche á noche, ya á deshora,
Solloza en la celda obscura,
Y el mendigo con tristura
En el atrio reza y llora.

Cansada ya de penar,
En una noche sombría
No salió como solía
Su destino á lamentar.

VII.

Todo yacía en la ciudad
Con la calma del desierto,
Sólo un hombre andaba incierto
En la densa obscuridad.

Triste, sólo, macilento,
A tuestas y sin abrigo,
Llegó esa noche el mendigo
Junto al muro del convento.

Del templo hacía la puerta
El infeliz, llorando,
Se fué casi arrastrando
Y allí se prosternó;
Pasado un breve instante,
Con voz casi espirante
Apenas murmuró:

—Llegada la alta noche
Aquí quejarme puedo,
Aquí que sólo quedo
Con Dios y mi dolor.
Sin luz y sin consuelo,
En medio á tanto duelo
Morir sería mejor.

Cargando mis pesares,
Errante peregrino,
Perdido en mi camino
Ya quiero descansar:
Doquier he hallado abrojos,
Mis calcinados ojos
No cesan de llorar.

Los años han pasado
Y pesan en mi frente
Aún loca fiebre ardiente
Me viene á estremecer.
Y pido, y sufro y lloro
Por algo que aún adoro
Y no volveré á ver!

¡Ay Dios! desde aquel día
Tristísimo y aciago
Cual pobre paria vago,
Mi nombre se olvidó
Después ¡amargo duelo!
La cólera del cielo
Mis ojos apagó!

Aquí dejé la vida,
Al ver desesperado
Que un ángel desdichado
Llorando se ocultó.
Purísima criatura,
Al fin la suerte dura
Su vida envenenó.

Mujer infortunada,
Si dura tu martirio
Y crees en tu delirio
Que yo te asesiné
Perdóname, Sofía,
Pues no fué culpa mía,
Destino tuyo fué.

VIII

Llegó la aurora espléndida, radiante
Y en la puerta del templo fué encontrado
El cadáver del ciego infortunado
En la humilde actitud del suplicante
Como el pobre viajero que extraviado
Y sediento se rinde fatigado.

Ninguno lo miró con sentimiento,
No hubo persona que por él llorara;
Mas aquel día, coincidencia rara,
También entró la muerte en el convento;
Muy temprano en las bóvedas sombrías
Dejóse oír el toque de agonías.

En una celda estrecha y silenciosa,
Llorando de rodillas en el suelo,
Con la esperanza de ganar el cielo
Al fin de una existencia dolorosa
Y á la luz de una lánguida bujía
La monja loca de dolor moría.

Mártir de amor ! murió como las flores
Y las almas virtuosas la lloraron;
A mí cuando era niño me contaron
Sus desdichas, su amor y sus dolores;
Desde entónces la historia de Sofía
Está grabada en la memoria mía.

LA CALLE DE LA DUDA.

La 7ª Calle de Guerrero se llamó en otros tiempos *Calle de la Duda* por la impresión y la duda que afectó largos años al pueblo oaxaqueño con motivo de una muerte cuya explicación ha quedado en el misterio.

Habitaban en esta calle dos individuos de la clase medianamente acomodada; uno era casado, militar en receso, y el otro mercader ambulante que hacía frecuentes viajes á lejanos países, viviendo solo con su hermana.

Para la mejor exposición del suceso debemos contestar de antemano estas preguntas:

¿Quiénes eran ellas? ¿Cómo estaban ubicadas sus habitaciones?

La esposa del primero era joven y bonita, y la hermana del segundo, sencilla, núbil y hacendosa.

Las dos casas, como muchas del siglo anterior eran de bajos y no caracían de cochera y pajar; la cochera también servía de puerta falsa ó entrada secreta, y el pajar era un cuarto colocado encima de la caballeriza con una ventanilla practicada en el suelo para dejar caer por allí la pastura directamente al pesebre, resultando así que muchas casas conservan hasta hoy una pieza de segundo ó tercer piso por donde se llega fácilmente á la azotea.

El domicilio del comerciante era pequeño, bien compuesto y las más veces desocupado por causa de los frecuentes viajes de su dueño.

El Señor Coronel retirado vivía en el pajar por no tener caballo y haber puesto convenientemente aquel sitio para quedar más alejado aún de las cosas del mundo, según él decía, y á menudo se paseaba en la azotea de aquel *palomar* leyendo á Don Quijote por diversión y la Ordenanza Militar para que no se le olvidara.

En ocasiones varias sus vecinos le contemplaban encima del pajar haciendo ejercicios militares, dando órdenes en voz alta y ejecutando marchas forzadas á orillas de los sotabancos, hasta que su esposa iba á suspender aquellas bélicas maniobras, cuando había escuchado los gritos de ¡Adelante! ¡Fuego y carguen! Que avance la retaguardia ¡Música! ¡Música! ¡Que toquen diana porque estamos perdiendo! ¡Pruuuun! ¡Viva el Rey!

El vecindario del rumbo, que como el de todas partes y el de todos tiempos se afanaba por saber cosas inútiles y contar vidas ajenas para saciar su apetito desordenado de murmurar, recurrió á los sabios estadistas de la criminalidad en aquel barrio, y á los inquisidores y comentadores de todo acontecimiento público y privado.

Aquellos agentes de información que hoy pudieran llevar el nombre de reporters, y que los había de ambos sexos, pusieron en acción sus finas pituitarias publicando desde luego con dispensa de trámites, las siguientes resoluciones:

PRIMERA: El Coronel retirado es un viejo celoso, libertino, descontento y regañón que no trabaja y pasa la vida dizque estudiando en la azotea para que nadie observe las maliciosas conversaciones que tiene con la hermana del comerciante su vecino inmediato.

SEGUNDA: El viajero es un joven desordenado, también celoso de su hermana, y muy avariento, al grado de sostener relaciones clandestinas con la esposa del Coronel sólo por economizar su tiempo y su dinero.

TERCERA: La señora esposa del uno, y la señorita hermana del otro, son personas recomendables y caritativas de las que nadie podrá decir cosa alguna; solamente parecen algo tontas porque están soportando á ese par de monstruos.

He aquí una de las contradicciones flagrantes donde rueda todos los días el vulgo comentador; si aquellas damas resultaron de conducta irreprochable en el capítulo tercero, ¿por qué al principio se les presentaba en relaciones con los llamados libertinos?

Y aconteció, que una mañana se presentó á la Sala del Crimen la esposa del militar y expuso: que á la hora del desayuno, advirtiéndole con extrañeza que su consorte no bajaba del pajar, según lo acostumbrado, llamóle inútilmente y tuvo que forzar la puerta con ayuda de la servidumbre. Su admiración creció al notar que el Coronel no se hallaba en la pieza, y habiéndole buscado por la azotea, hubo de encontrarlo muerto, caído al pié de la pared del pajar, y con una herida que parecía cuchillada en la cabeza.

Desde luego el Tribunal movió todos sus resortes encarcelando á la viuda y á sus criados, á los vecinos, y hasta los transeuntes; citó testigos, formó expedientes, clausuró habitaciones, pidió consejo á los sabios y á las Corporaciones civiles y religiosas, mandó exhortos á Guatemala, para donde se afirmaba que había partido el comerciante con su hermana; y en último análisis nada se pudo aclarar, pues todos ignoraban lo acontecido al militar, excepto su muerte. La pobre viuda, única declarante, digna y serena, con acento de verdad, inalterable, conteste y apoyada en su conciencia, sostuvo y repitió su primera exposición.

¿Qué habría sucedido?

Los años transcurrieron, y nunca se halló quien informara.

¿Murió el Coronel asesinado por el vecino que defendía el honor de su hermana?

¿El joven lo mató en lucha provocada por el marido que se creía burlado con razón ó sin ella?

¿Tal vez cayó el nuevo Don Quijote al efectuar una de las escaramuzas inventadas en sus simulacros de batalla campal?

La duda quedó en pié seguramente hasta el día del juicio, y la calle donde estaba la casa del Coronel llamóse desde entonces CALLE DE LA DUDA.

LA ANTIGUA CALLE DEL RESBALON.

Llamábase Gregorio, sin sobrenombre ni apellido, un pobre joven de raza mestiza; no se sabe cuándo, vivía en una de las calles más pendientes y accidentadas que, siendo pocas, no le faltan á la vieja Antequera por el lado Norte.

Esa calle parece que por entonces también carecía de nombre, y se llamó *del Resbalón* desde que Gregorio sufrió uno, tan extenso y dichoso, que lo dejó rengo para toda su vida, pero lo hizo uno de los más ricos habitantes del barrio.

Era aquel muchacho uno de esos tipos especiales de bondadosa simplicidad, pero con algunos arranques de genio, uno de esos ejemplares de muchachos sin familia y sin hogar que nunca faltan, dedicados á trabajos humildes sin estabilidad, ya sirviendo en una casa, ya en otra, ya en varias simultáneamente, ó vagando por las calles en busca de trabajo con pocos deseos de hallarlo.

Gregorio tenía baja estatura, color moreno, de vista no muy recta, cabellos erguidos y rebeldes, pero con índole pacífica y dispuesto siempre á hacer el bien y servir á amigos y enemigos.

A pesar de tan brillantes cualidades era Gregorio el ludibrio de los muchachos callejeros, y el sirviente obligado de sus convecinos: pertenecía á muchas cofradías, sabía de memoria el calendario, estaba al tanto de la política militante, comía poco, rezaba mucho y era especialista en la caritativa profesión de ayudar á bien morir á los vivos y velar á los muertos.

El caso fué que el día menos pensado cayó enferma Doña Hermenegilda, matrona lenguaraz y pendenciera que vivía en un cuartucho cercano al de Gregorio.

Y era aquella señora una anciana, pobre vergonzante como ella misma se hacía llamar, sana y fuerte, pero quejándose siempre de todas las enfermedades habidas y por haber. Desde joven pasó la vida frecuentando las iglesias, visitando á todo el mundo, comiendo, bebiendo y cenando gratuitamente en las casas donde le daba la hora, y, lo que es peor, llevando de aquí para allá, y de allí para todas partes, las noticias, los cuentos y las calumnias sensacionales que oía ó inventaba; y todo ésto implorando sin cesar la caridad cristiana de manera sigilosa en ocasiones, y exigente á veces. Con sus embustes y artimañas consiguió asegurar una buena renta porque muchas personas engañadas, ó caritativas sin discreción, le daban regulares mesadas de las que nunca hacía mérito en sus interminables lamentaciones.

Como era de esperarse por el carácter egoísta y malévolos de Doña Hermenegilda, algunos vecinos de la casa celebraron el fatal acontecimiento, y los demás permanecieron indiferentes; sólo Gregorio, el pobre y obsequioso Gregorio se presentó en el acto á ofrecer sus

atenciones á la enferma, fué á consultar el caso con la curandera del barrio, pidió al crédito velas y pan en la próxima tienda, y le llevó la estera en que él dormía, pues aquella mujer, que debería ser rica no tenía en su cuarto más que harapos, telas de araña y algunos gatos que levantaron el campo á instancias de Gregorio.

La enferma se moría violentamente sin hablar palabra; entonces su generoso protector, sin perder ánimo, quemó sus últimos cartuchos corriendo en busca de un confesor que no llegó á tiempo, y yendo después á hipotecar su sombrero y su sarape para costear el entierro.

Algún vecino de la casa preguntó á Gregorio maliciosamente si se afanaba por heredar los gatos; y otra señora menos indiscreta, comprendió quizás la obra benéfica del jóven, y movió lentamente la cabeza diciendo:—Este es el último Franciscano

Los afanes de aquel muchacho heróico obtuvieron el sepulcro y el responso gratuitamente ofrecido por el párroco; mas la enagenación del sarape no alcanzó para la tradicional mortaja ni el pago de los cuatro cargadores indispensables; así fué que Gregorio se limitó á envolver y atar el cadáver con la misma estera en que yacía, y lo puso en la cuna, como antes se llamaba el ataúd; por lo demás, no habiendo podido pagar los cuatro cargadores, dispuso llevar el cadáver solamente con dos que tomaron las varas delanteras de la cuna, y él se echó en hombros la parte de atrás: caminando en tan difícil posición por esa calle que era y ha seguido siendo empinada y escabrosa, no tardó mucho el buen Gregorio en tropezar y resbalar lastimosamente haciendo caer á los otros cargadores y á la muerta inclusive.

Gregorio no pudo levantarse luego, el resbalón le causó tal efecto en una pierna, que lo dejó cojeando para toda su vida.

El público curioso é impresionable concurrió al lugar del siniestro, y entonces no faltaron cargadores para recoger el cadáver que había rodado desenvuelto por los suelos; y continuó el entierro con gran séquito de dolientes improvisados.

Gregorio se levantó como pudo, y abrumado por sus dolores y las rechiflas de los muchachos, se fué á ocultar en su cuarto llevando consigo un bulto de trapos viejos que también había rodado desprendido del cadáver en los momentos del fracaso, y como ninguno de sus vecinos se le presentó para darle el justo pésame, tampoco supieron que dentro de aquel rollo de harapos se encontraban más de cien onzas de oro que aquella vieja avarienta hubo estafado á los incautos en su carrera de falsa mendiga.

Es fama que el honrado Gregorio pagó sufragios é hizo donativos con el dinero de aquella desgraciada, y aún le sobró para dedicarse á un pequeño comercio que con el tiempo llegó á proporcionarle comodidades y respetos de los que tanto lo burlaron en su primera juventud.

Entonces llamóse por el vulgo y después por el Ayuntamiento, calle del Resbalón la que hoy es 2ª de Allende.

X.

MARIANA LA FRUTERA.

Así como la literatura española tiene la comedia de una vendedora de frutas que por medio del trabajo y la honradez pudo educar á su hijo, y emparentarlo con aristocrática familia de Madrid, Oaxaca ofrece un hecho igual pero cierto, que la tradición ha conservado sin hacer memoria de los nombres de personas y la época de la escena.

En gracia de la importancia y la verdad del argumento, permítasenos transcribir la historia que, hace más de diez años, publicamos bajo el nombre de «MARIANA LA FRUTERA.»

Había una jóven rústica y graciosa; casada con un pobre, un operario, la llamaban *Mariana la frutera*, era barca de flores su guardilla; tipo cabal de diligente obrera, mas ¡ay! el viento se volvió contrario su trabajo y su honor la hacían dichosa; y los hizo volcar desde la orilla

Se acabaron sus castos regocijos porque el esposo falleció en la guerra y ella quedó con dos pequeños hijos, enferma, pobre y en lejana tierra.

Hermosa y en la edad de los amores rehusó otro matrimonio con despecho y sofocó en su pecho el eco gemidor de sus dolores.

Lanzada de repente al sacrificio manteniendo el honor que santifica, pobre de bienes, de esperanzas rica, buscó la vida en su primer oficio.

Tan jóven con el pecho lastimado, teniendo en su deber los ojos fijos ganaba el alimento de sus hijos con el trabajo honrado.

Sí, la pobre mujer vendiendo fruta sentada en los umbrales de un colegio era un ser estimable, sin disputa, y si quereis, egregio.

Mientras ella en comercio laborioso viajaba por los pueblos y los valles, sus hijos con ejemplo tan precioso hacían mandados y barrían las calles.

—Yo quiero ser Obispo y señor cura— decía el mayor á su vivaz hermano:

—Me besarás la mano.—

Y el otro contestaba con premura:

—Yo he de ser General, grande, valiente como el que vimos en aquel retrato;

entonces ya verás como te mato.—

La madre suspiraba tristemente.

Luchando con esfuerzo indefinible caminaba adelante,

á veces afligida y vacilante

como el que va buscando lo imposible.

Mas llegó un día de gracia y de ventura en que pudo ingresar al Seminario,

debido á su talento extraordinario,

el que quería ser cura:

el otro en un taller se desvivió

para su madre cuando tuvo un peso

se lo entregó llorando de alegría;

ella le dió sobre la frente un beso.

Amparo de la madre y del hermano,

con decidido afán durante el día

manejaba el cincel del artesano,

y de noche estudiaba geometría.

Dicen que es una loca la fortuna,

y su inmenso poder tan arbitrario

que convierte en mendigo al millonario

y mece al héroe en indigente cuna.

Pocos años después la profesia

del atrevido niño, la esperanza,

el sueño de bonanza

de aquella buena madre se cumplía.

De los dos estudiantes, el primero no sólo llegó á Cura, fué Prelado;

y el otro ya Ingeniero,

militar estimable y Diputado,

era tan ingenioso

que proyectó un brillante matrimonio

para vivir dichoso;

pero eso no fué á gusto del demonio:

Al tentador que goza y se recrea

desde tiempos pasados

en tener á los hombres disgustados

no le convino la ingeniosa idea,

y con astucia negra,

recordándole su alto nacimiento,

aluciné al estrecho entendimiento

de la presunta suegra.

Era una de esas *cándidas señoras*

que tienen sus caprichos peregrinos

y enaltecen su estirpe á todas horas

porque guardan añejos pergaminos;

de las que creen que la virtud consiste

en rezar el Rosario

y andar de novenario en novenario

con el semblante triste,

mientras su hija núbil y graciosa

no sabe más que intrigas de novela,

y casi siempre ociosa

se encuentra en el balcón de centinela;

mientras la criada charla sin cuidado

con el guapo gendarme de la esquina,

y el hijo disipado

es héroe de garito y de cantina.

Cuando supo que el jóven Ingeniero

no era hijo de duques ni marqueses,

peroró de este modo varias veces

en tono de regaño pendenciero:

—No debo permitirlo porque fuera

dar á mi hija puesto indecoroso.

¡Jamás será su esposo

el hijo de *Mariana la frutera!*

Mi antepasado fué Don . . . no me acuerdo . . .

que siempre estuvo en guerra contra el moro;

tenía su escudo sobre campo de oro

un alacrán y un cerdo.

¡Ah! Y mi abuela . . . su tercer esposo

se llamaba Benito,

era amigo y compadre del famoso

Conde del Venadito.

Mi marido fué siempre Encomendado

del *Tabaco estancado*,

y Senador un año . . . no, no, miento,

Regidor del Ilustre Ayuntamiento.—

La heróica madre que adoraba á su hijo

hasta inmolar su dignidad herida

se presentó á la madre presumida

y con acento de dolor la dijo:

—Si por mi humilde condición la boda impide Ud. con decisión severa, me iré lejos de aquí... mi vida toda la diera yo si necesario fuera. Y haré cuanto me exija; ya ve que están los dos apasionados; si no se unen serán muy desdichados.... Hágalo Ud., Señora, por su hija.— Mas escuchando la infeliz frutera un *no lo quiero*, repugnante y frío, se irguió con majestuoso señorío y á la rica le habló de esta manera:

—¿No sabe usted, Señora, que la fruta que vendo en el mercado, desde antes como ahora, en la Hacienda de Ud. yo la he comprado? Es decir, que las dos somos fruterías; yo, misera, indigente, y Ud. de las felices, las primeras... con esta diferencia solamente, que las riquezas de que Ud. disfruta todas las heredó de sus abuelos mientras que yo... mi fruta, la debo á mis trabajos y desvelos.

Mi marido fué un pobre jornalero, sí, muy trabajador y muy honrado que quiso ser soldado cuando vino á pelear el extranjero... y murió por la Patria un triste día cubierto de balazos: "Te encargo á nuestros hijos," me decía cuando lo ví morir entre mis brazos.

Hablando de honradez, yo no soy menos... volver á desposarme no he pensado; mis hijos son legítimos y buenos, llevan un nombre humilde, pero honrado. Y respecto á los hijos... hasta hora para ver educados á los míos ¡qué tiempos he pasado tan sombríos! mas no fui yo, Señora;

Dios quiso concederme esa merced, para honor de la Iglesia y el Estado uno es Ministro, el otro Prebendado. ¿Qué le parece á Ud?.....

¡Oh! sí, su hija... tímida y hermosa, con tan buen corazón..... Dios se la guarde á Ud.; es una rosa, es una bendición. ¡Ay! Pero el niño... el jóven caballero... Perdone Ud., Señora, mi franqueza, se dice que á pesar de su nobleza gasta muy mal el tiempo y el dinero....

Convengamos: las dos hemos vivido alta la una, y la otra muy abajo; mas yo subí hasta Ud. por mi trabajo, y Ud. bajó hasta mí por su descuido.... —

Al concluir la filípica, temblando se quedó la aristócrata admirada, y ya iba á prorrumpir en — ¡Deslenguada! — mas su hija entonces la abrazó llorando....

Es inútil decir á fin de cuento, que pronto el matrimonio se contrajo; en la lid del orgullo y del talento venció la aristocracia del trabajo.

Desde entonces la viuda del soldado se retiró del trato de las gentes, y en el silencio de su hogar honrado practicaba virtudes eminentes.

Tan sólo compasiva y bienhechora visitaba á los pobres que sufrían, y todos la llamaban, *la Señora*: sus hijos reverentes la servían, y los hijos del pueblo protegidos por su constante caridad sincera inclinaban la frente agradecidos al encontrarse con la ilustre obrera.



EL AÑO DEL HAMBRE.

Desde el año de 1801 la langosta comenzó á invadir las colonias españolas de la América del Sur pasando bien pronto á la América Central y de allí al Istmo de Tehuantepec, extendiéndose casi por todos los Distritos que hoy forman el Estado de Oaxaca. Tan luego como se tuvo noticia de su aparición por aquel punto, el Señor Obispo Bergosa dió muestras evidentes del celo piadoso que le imponía su alta dignidad, y mandó inmediatamente publicar un Edicto en que prometía á sus feligreses, pagar ó hacer pagar por sus respectivos párrocos, la cantidad de diez pesos por cada arroba de langosta que recogieran, y cinco pesos por la de *canutillo* ó larva que sirviera para la procreación; más aquel estímulo no fué suficiente para destruir al voraz insecto que se reproducía de una manera prodigiosa invadiendo los campos y destruyendo las cosechas que en el mes de Agosto de 1802 se preparaban abundantes.

Cuenta la tradición que en este año pocos agricultores pudieron llenar sus graneros, y que en 1803 las cosechas se volvieron á perder á consecuencia del mal tiempo. En 1804 hubo tal carestía de semillas, que llegó á venderse el almud de maíz á un peso cuando en los años anteriores se vendía á *cuartilla* (\$0.03). En aquella aflictiva situación, para que se pudiera vender á alguno, tenía como requisito indispensable presentar en las Casas Consistoriales un niño que fuera de su familia; por tal razón, muchas personas que no lo tenían, ni podían conseguirlo prestado, se veían vagar por los campos buscando sabandijas ó raíces comestibles para no morir de hambre.

El Señor Bergosa extendió su mano caritativa á cuantas infelices familias recorrían las calles implorando misericordia, y para esto dispuso por orden de S. M. Católica, de los fondos de las obras pías. Otro tanto hizo el primer Intendente Don Antonio de Mora y Peizal.

CAYETANO ESTEVA.

A propósito del «Año del hambre» un amigo nuestro nos hizo la siguiente narración, cuya autenticidad hemos podido confirmar con el dicho de varias personas fidedignas.

A mediados del siglo último, en una de las calles más céntricas de esta capital, se hallaba la tienda en donde consagrada á un pequeño comercio vivía la Señora H.su apellido era de los más distinguidos en Oaxaca.

Fué una anciana de baja estatura, de aspecto atrayente y costumbres piadosas; siempre estaba sola dedicándose al trabajo que le proporcionaba una posición mediocre pero muy respetable; nunca se le oyó referir cosa alguna de su vida, y los que conocían su pasado la estimaban y la compadecían.

Hija de acaudalada y notable familia, casose á los quince años con un jóven de su clase, pero de la clase aquella denominada *hijos de rico*, quienes por serlo parecían exceptuados de concurrir á la escuela y aprender á trabajar, resultando que por sí solos aprendían á dilapidar sus bienes y á veces los de toda la familia.

Aquel matrimonio, si no fué feliz, á lo menos vivió tranquilo mientras hubo dinero que arrojar por los balcones; pero llegó un día en que el marido, bajando de miseria en miseria, dejó su casa para instalarse con más libertad en las tabernas y en los garitos; entretanto la pobre jóven no tenía pan en su mesa, ni lumbre en su hogar.

Una noche ya á deshora, cuando velaba concluyendo un trabajo para alimentarse al día siguiente, llegó su esposo acompañado de otro taurín infame como él, y le dijo bruscamente: —He jugado y he perdido mucho..... ya no teniendo más..... aposté á mi mujer..... el Señor te ganó; vete con él.....

La sorpresa y el enojo dejaron inmóvil á la esposa vendida.... Mientras el brutal tirano insistía, ella protestó, suplicó y dió gritos llorando, más todo fué infructuoso, los dos inicuos se aferraban en cumplir y hacer cumplir su fatal contrato de compra-venta